



# DISCURSO DEL PROF. PEDRO-JUAN VILADRICH COMO PADRINO DE LA III<sup>a</sup> PROMOCIÓN.

## ACTO DE GRADUACIÓN DE LA III PROMOCIÓN DEL MMF@.

13 DE AGOSTO DE 2004

Más que honor y satisfacción – que lo han sido, sin duda alguna-, he sentido una íntima alegría y agradecimiento al conocer mi designación, por elección democrática, para ser el padrino de esta III Promoción del Master en Matrimonio y Familia. No podía creer que amasen tanto el castigo, como para darse otra buena ración justamente en el acto final, el de su graduación. Sin embargo, numerosas y discretas comunicaciones tuyas me han hecho saber que han acabado disfrutando una asignatura inacabable, difícil como la vida misma, y que con gran emoción por mi parte- les ha servido para su propia experiencia personal y familiar. ¿Qué mejor elogio podían regalarme que esas aseveraciones? ¿No era esa mi secreta intención e ilusión al escribir los textos que ustedes, con ejemplar paciencia, han sufrido tanto? Precisamente por eso, además de muy honrado y feliz, me ví lleno de un gran sentimiento de gratitud. ¿Cómo corresponderles a ese regalo

De pronto, se me ocurrió dedicarles un relato sobre Johansel. Ese niño que todos llevamos dentro. Ese explorador de tantas aventuras y desventuras en busca de la vida sabia. Un relato que, de algún modo, sintetizase lo más esencial que he querido transmitirles estos años. Entonces, ví la luz. Muchos de ustedes, casi todos, han dedicado muchas horas a estudiar el amor conyugal y los amores familiares. Muchos, casi todos, lo han hecho robándoles horas... a sus esposos, hijos y familiares. Así pues, este relato de Johansel es, sobre todo, un regalo para nuestros tan pacientes familiares, que han soportado nuestro Master, que nos han dado su confianza y apoyo..., y tantas cosas buenas. Es decir, que sin tanta teoría..., nos han amado muy de veras. Para que no volvamos a nuestras casas y a nuestras familias, creyendo saber mucho y siendo necios en el amor..., y en homenaje a los familiares de esta III Promoción –que ellos si han demostrado el amor con la vida misma-, les dedico como discurso de agradecimiento este relato. Seguro que unos y otros lo entienden. Allá vá.

¿Por qué hoy nuestro Johansel casi no cabe en sí?

Ocurre que Ovidio Álvarez, el poderoso magnate, suele invitar los fines de semana en Aigües Blaves -su espléndida casa del mar- a un grupo de personajes, que juzga notables en sus respectivos menesteres. Johansel es uno de estos huéspedes. La cosa parece haberle excitado tanto que se nos ha despertado demasiado temprano, rebosando un chispeante bienestar, mientras toda la mansión duerme. De puntillas ha cruzado



dos amplias terrazas y se ha internado en los jardines, perdido por aquí y por allá, hasta dar con el borde del acantilado. Allí, sentado en un mullido sillón de anea blanca, ha visto el despuntar del sol sobre el horizonte marino. Quién sabe si por la altura de tan privilegiada atalaya o por la magnificencia del selecto lugar, lo cierto es que nuestro Johansel se ha sentido en la cima del mundo. Pronto, aquel pequeño brote de fuego rojo ha empezado a resplandecer con enorme poderío. La misma luz, que inundaba el espacio y la naturaleza sorbía, le ha cegado los ojos. Levante del sol. Aquel movimiento de ascensión era pura majestad. De repente, cierto recuerdo ha enternecido a nuestro Johansel y... le ha hecho aterrizar.

Un atardecer, tiempo atrás, Johansel sorprendió a su abuela hablando sola. También estaba sentada en una terraza –poco más que un balcón–, entre macetas de geranios, en su ajada sillita de anea, con la mirada perdida en la lejanía.

-¿Qué dices, Mamarosa?

- Me habla el movimiento del sol... No tiene prisa, ni exceso de velocidad, conoce su camino, no hay sobresaltos, jamás se detiene. ¡Qué poderosa serenidad! ¡Qué seguridad y constancia! ¡Qué silenciosa majestad!

Por cariño Johansel simulaba gran atención, frunciendo el sobrecejo, mientras su mente vagabundeaba como mosca novicia en primavera. Memo a lo que oía, se posó por azar en el próximo cumpleaños de su abuela. Ay, en eso Mamarosa era muy especial. No gustaba el regalo de cosas. Ella pedía, en algún momento del año, algo de uno mismo, una pequeña y discreta mejora interior. Para el día del cumpleaños, Johansel explicaba el resultado de su empeño en una carta. Mamarosa recibía esas notas íntimas como la mayor fineza. Las atesoraba y releía una y otra vez.

- Qué te gustaría para tu cumpleaños, abuela- interrumpió Johansel.

Mamarosa, con la picardía de quien estaba acechando la ocasión, hizo su pedido al instante:

- Intenta ser para los tuyos como el sol... Dales seguridad y luz. Absorbe sus sombras y miedos. Cada nuevo día, haz brotar de ti una pequeña dosis de la serenidad, la fortaleza y el silencio con que el sol hace su trabajo...

- Y eso- preguntó Johansel tan conmovido como aterrado- ¿cómo se hace?

- Pues, a la manera del sol... – respondió Mamarosa-. Y, como hablando de nuevo consigo misma, Johansel le oyó decir:

- Él se levanta desde cualquier noche, irradia luz y calor en medio de toda circunstancia. Si los tuyos te importan más que tu mismo, te encenderás y los caldearás. El movimiento del amor no cansa, ni se cansa...

¿Hacer de sol para los míos? ¡Menuda petición de cumpleaños! Sólo un recién nacido sabe hacerlo. Por un raro milagro, Johansel pasó por alto el poder y la gloria del astro. Quien no le conozca estará tentado de atribuir este chocante olvido a cierta condición cebollina. Pero nosotros sabemos que el causante fue su cariño por Mamarosa, entristecido por el deseo de regalar y la impotencia en conseguirlo. No sabemos si la hipo-



condría de amor tiene premio dentro, pero si podemos acreditar que fue sentir aquella melancolía y encendérsele a nuestro Johansel una chispa de luz sabia. Mamarosa no era, desde luego, una persona instruida en astronomía. El diámetro del sol, el tipo de estrella, su masa de hidrógeno y helio, la naturaleza de su combustión, la partícula alfa...; Qué cosas tan eruditas; Los datos que Mamarosa almacenaba sobre nuestro sistema solar eran escasísimos y elementales. Tampoco podía esperarse de su inteligencia una deslumbrante explicación, que entrelazase la cultura solar de los egipcios, la de los aztecas, la mitología greco-latina, Ptolomeo y Copérnico, Galileo y la Inquisición, Newton, Einstein y Hubble con la adoración contemporánea del bronceado. En todo eso, un bacalao estaba menos pez que Mamarosa. Ella no era erudita, ni culta, pero... era sabia.

Así fue como nuestro Johansel descubrió este raro mediterráneo. Se podía ser erudito, culto y muy necio. Claro que también cabía estar algo instruido, no ser muy culto, pero ser sabio. Sin duda –pensó con astucia– lo mejor es tenerlo todo: instrucción, cultura y sabiduría.

Sin tiempo para paladear tan genial conclusión, un inesperado relámpago iluminó el espíritu de nuestro Johansel. La sabiduría no era un hipercultura, una superilustración. No estaba ni por encima, ni por debajo de la instrucción y la cultura. No era una tercera cota del mismo monte. Era un conocer que pertenecía a otra cordillera o, por decirlo mejor, a otro mundo del ser. La cultura, la ilustración y la instrucción son hijas de la razón y su discurso. La sabiduría tiene otra madre. Por eso se puede ser necio y muy culto e ilustrado. También sabio e inculto. Incluso culto y sabio. ¡Vaya, vaya... hasta se puede –rizando el rizo del engaño más sutil– poseer una enorme cultura e ilustración sobre la sabiduría y ser un colosal necio! De repente, nuestro Johansel entrevió y nunca olvidó. La sabiduría no es un dato, ni una enciclopedia, ni un banco computarizado de todos los datos posibles. Tampoco es una idea, ni el más complejo, brillante y rico sistema de ideas, ni tan siquiera un tratado sobre la misma sabiduría. El secreto de la sabiduría de Mamarosa estaba en *un además*. Su abuela, viendo las cosas de la vida, además las miraba con amor.

¡Qué chocante; ¡Una manera de mirar! Ahí en los ojos, entre las mismas narices, estuvo siempre la segunda ganzúa. El amor, de todas las luces, es la luz más verdadera, buena y bella. Así que al amar se ilumina el rostro más verdadero, bueno y bello de cuantas cosas y personas amamos..., y se lo vemos y lo apreciamos más y además que sus otros rostros. Cada vez que encarnamos ser ésta o aquella otra bondad al servicio de nuestros amados, la luz extraordinaria viene a nuestra mirada y nos enriquece la visión. Lo que *además* vemos en la misma escena es más verdadero, bueno y bello que lo visto con nuestras otras miradas. La razón culta e ilustrada también ve y hasta mucho, pero no vislumbra la extraordinaria dimensión. la luz sabia tiene mil matices e intensidades. Nuestra mirada las recibe en las diferentes etapas de la encarnación de un bien, desde que concebimos la intención hasta que, tenaces, concluimos la acción en favor de nuestros amados. ¡Caramba con la segunda ganzúa! ¿Quién iba a decir que la sabiduría no era cosa científica, ni académica, ni parte del currículum profesional con que intentamos ganarnos bien la vida en el gran mercado? ¡Menudo sarpullido si es verdad que la sabiduría pertenece en exclusiva al mundo del buen amor vivido..., si es aquel modo de conocer con que, desde los ojos del amar aquí y ahora,



se ven las personas y todas las cosas! Sea un eccema o no esta extravagante hipótesis, lo cierto es que en el instante en que por fin nuestro Johansel comprendió y se lo aplicó, vióse a sí mismo bastante necio. No fue ese poco avance.

Estaba Johansel recordando estas cosas al borde del acantilado de Aigües Blaves, cuando el calor del sol, que ya lucía alto, le sacó del ensimismamiento. Miró con horror la hora. ¡Ay, el que dirán! Se olvidó del movimiento sereno, de la luz de luces, y corrió temeroso hacia la casa, avergonzado por llegar a destiempo y parecer ridículo.

En una de las terrazas se hallaban dispuestas para el desayuno dos mesas redondas, una enorme en el centro y otra pequeña en un rincón apartado. En la menor, estaba Dafne Laurel, la tercera esposa de Ovidio, otrora famosa modelo, ahora parapléjica tras un oscuro y reciente accidente. La acompañan su hijita de apenas dos años, un adolescente fruto de su primer matrimonio, y su anciana suegra. Al verla en su silla de ruedas, la brisa de un escalofrío rizó el corazón de Johansel por una antigua historia que hoy no es oportuno contar. En la mesa grande, estaban ya sentados todos los invitados, entretenidos en animadas charlas. En un momento dado, Ovidio Álvarez carraspeó y, hecho el silencio, formuló al aire –tal vez porque se estaban celebrando– unas cuantas preguntas sobre las Olimpiadas. De inmediato, satisfacerlas se convirtió en symposium.

Los invitados, sin duda personas inteligentes, entraron en liza, porfiando con intervenciones sugestivas. Se aportaron muchos datos, primero sobre los antiguos juegos, cuyo inicio alguien fijó sobre el 776 a C.; luego sobre los modernos, que se reanudaron en Atenas en 1896. Se discutió si era Filípides o Pheidippides el mensajero de la victoria de Maratón en aquel 490 a C. Se afirmó y se negó la hazaña. Una pura leyenda –dijo una afamada historiadora– que trescientos años más tarde se inventaron Luciano y Plutarco. En cambio Herodoto, mucho más contemporáneo a los hechos, no la mencionó al narrar la batalla. Además, el tal Pheidippides no pudo correr más de doscientos kilómetros a Esparta en busca de aliados, regresar de inmediato con la negativa, luchar en Maratón y en seguida correr los cuarenta kilómetros hasta Atenas. ¿Se sabía que, en plena decadencia de los juegos, Nerón había corrido sólo, porque nadie se expuso a ganarle? Se alabó y se criticó al Barón de Coubertin. Los datos llovían incesantes desde un sector de los comensales. Las primeras convocatorias – Atenas, París, San Luis– fueron un desastre, apuntó un famoso economista. Pero la idea era demasiado buena para morir sólo por eso, replicó una famosa periodista. A punto estaba nuestro Johansel de intervenir, ilusionado en aportar que la casa real de Windsor obligó a añadir 2 kilómetros y 195 centímetros a los originales cuarenta, con el fin de que la maratón acabase ante el palco donde esperaba la reina Alejandra. Por fortuna, calló. El tiempo de los datos había pasado. Era el turno de las interpretaciones cultas.

¿Paz olímpica? Una tregua táctica para preparar la próxima guerra. Fíjense en las primitivas disciplinas: disco, jabalina, carreras, salto de longitud y lucha.... Justo lo que necesitaban los hoplitas, la fiel infantería, apuntó un militar de alta graduación. Hoy no es el caso –objetó un notable economista–, ahora los juegos son pura economía y prestigio político..., una cuestión de marca. Se citaron las grandes naciones ganadoras: USA, China y Rusia. Se explicaron los casos de Alemania del Este, Cuba y Rumanía.



Entonces, un muy reputado filósofo hizo una reflexión de altura. Tomó pie en el lema de los juegos -*Citius, Altius, Fortius*- y, tras un breve apunte sobre la convivencia de atletas de todas las razas, credos y naciones, pidió disculpas por sentirse en el deber de subrayar que lo más importante de las Olimpiadas eran los valores humanos que ponían en juego: el afán de superación, la fortaleza, el sacrificio, la perseverancia..... Entonces Ovidio Álvarez interrumpió aquella enumeración con un gesto inusual. Levantó ambas manos con las palmas al cielo y, con voz grave y conmovida, dijo:

-Ah, los valores..., los valores humanos... Particularmente, he de confesarles que los considero en todas mis empresas como la mejor señal de excelencia de mis empleados.

¡Qué fue oír aquello! Al conjuro de los valores, quien más, quien menos, nadie quiso perderse el tren. Casi hubo atropellos por el afán de añadir nuevos ejemplos. La tenacidad, la competencia, la generosidad, el patriotismo, el universalismo, el espíritu de equipo, el espíritu individual, el amor propio, la abnegación, el interés, el desinterés, la emulación, la solidaridad, la fe en la victoria, la resignación en la derrota... El cofre de los tesoros -aquel saco de palabras- parecía no tener fondo. Al poco, el symposium discutía el valor de cada valor...

¿A qué le sonaba todo aquel erudito y culto debate a nuestro Johansel? Pareció tenerlo en la punta de la lengua, cuando Ovidio Alvarez se levantó y dijo: “Los negocios esperan. Vámonos al golf...” Algo cuchicheó al mayordomo. Johansel siguió el desarrollo de la escena con su nueva mirada. El criado caminó una veintena de metros, hasta el pequeño grupo familiar del apartado ángulo. Levantó a la anciana, le dio un bastón y la niñita, giró la silla de ruedas, la encaró hacia el mar y comenzó a alejarles. Entonces, por la espalda de su familia, Ovidio Alvarez tomó del brazo al filósofo y, seguido de un buen número de invitados, huyó al golf.

P. S. Ay, ay..., con la sabiduría, los valores y el amor pensados, debatidos y escritos. No valen todos sus siglos ni un segundo de verdadero amor vivido. La luz sabia no propuso a nuestro Johansel ser en estas materias lego e inculto. Le invitó a no vivir necio.

Pedro-Juan Viladrich